# Acontecimientos epocales

Zoltán Boldizsár Simon
Traducción Rodrigo Zamorano

**Lo que está en juego**

Los acontecimientos históricos ya son historia, por decirlo así: el rol fundamental que jugaron en el pensamiento histórico moderno ahora lo cumple otro tipo de acontecimiento. Los acontecimientos históricos son historia en al menos dos aspectos: primero, en el sentido de ser una categoría fundamental del pensamiento histórico tal como se aplica al siempre cambiante ámbito de los asuntos humanos; y segundo, en el sentido de que tendemos a pensar los acontecimientos históricos solo retrospectivamente, solo como acontecimientos que ya ocurrieron. En ambos casos, la noción de acontecimiento histórico parece demasiado acotada como para poder captar adecuadamente de qué manera el pensamiento del siglo XXI concibe aquellos acontecimientos que designan cambios cruciales.

Llamo *acontecimientos epocales* a los acontecimientos que cautivan a la imaginación actual. Con ello me refiero a acontecimientos que se conciben como marcadores de transformaciones epocales que escapan a los límites del curso de los asuntos humanos y que se aplican a la vez proyectiva y retrospectivamente. En los siguientes capítulos, intentaré dotar a la noción de acontecimiento epocal de una forma conceptual y explicarla como categoría emergente de un nuevo tipo de pensamiento histórico. Por ahora, la pregunta que debemos responder es la siguiente: ¿qué podría significar que el alcance de los acontecimientos transformadores se extienda más allá del mundo humano e incluso hacia el futuro?

Lo primero es que el aspecto de superación de la escala y el alcance del mundo humano no significa que las transformaciones epocales ya no tengan nada que ver con él. Significa más bien que el contexto primario (mas no exclusivo) del acontecimiento epocal es el mundo humano ya enmarañado con el mundo natural mediante la tecnología. En cuanto contexto primario del acontecimiento epocal, el enmarañamiento de los mundos humano, tecnológico y natural no es meramente una extensión del mundo humano por sobre el mundo natural o viceversa. Representa un salto cualitativo en la forma en que enmarcamos nuestro pensamiento y visión del mundo y de nosotros mismos. De modo que el aspecto según el cual los acontecimientos epocales pueden reconocerse no solo retrospectiva, sino también proyectivamente, no implica pretensión alguna de conocer el futuro de la misma forma en que es posible decir que conocemos el pasado.[1] Simplemente apunta a la manera en que se espera de los acontecimientos epocales –en el contexto de un enmarañamiento humanidad-tecnología-naturaleza– que ocurran en el futuro debido a los cambios tecnológicos descontrolados y las transformaciones antropogénicas del sistema Tierra.

Las posibilidades ya son bastante conocidas. En una escala menor, ya estamos tristemente acostumbrados a las noticias sobre la pérdida de biodiversidad o sobre innumerables residuos plásticos en los océanos y en los estómagos de las aves marinas. El cambio climático inducido por los humanos, sus efectos actuales y sus nefastas consecuencias futuras cada vez son más publicitados con cada día que pasa. Un nuevo vocabulario, compuesto de frases como “huella de carbono”, rápidamente se está afianzando (al menos entre aquellos lo suficientemente solventes como

1

para preocuparse), al igual que la conciencia general de que no lograr reducir las emisiones de carbono probablemente llevará a cambios indeseados e incluso catastróficos tanto en el estado del planeta como en las sociedades humanas.

Las transformaciones antropogénicas de la naturaleza no son las únicas posibilidades que reciben creciente publicidad hoy en día. Los peligros de la inteligencia artificial –tanto en las fuerzas armadas como en su uso cotidiano– y el potencial de las tecnologías IA de transformar formas democráticas de vida en regímenes autoritarios ya son parte de la conciencia social más general de una u otra forma. Las tecnologías de perfeccionamiento humano se aplican cada vez más en el ámbito médico, e incluso quienes no siguen los debates públicos sobre la ética del perfeccionamiento humano muy probablemente estén familiarizados con la posibilidad aún mayor de un futuro transhumano y más que humano gracias a las experiencias cinematográficas y de *streaming*. Algunas posibilidades tecnológicas pueden parecer más plausibles que otras, mientras que los potenciales cambios causados por la tecnología parecen deseables y apocalípticos a la vez. Pero dejando de lado todas las diferencias relativas a lo deseable de las transformaciones, casi nadie duda de que las tecnologías avanzadas provocan increíbles cambios.

En una escala mayor, sin embargo, y a nivel conceptual, aún tenemos que asumir el panorama completo de los cambios que están en desarrollo a escala planetaria. Lo que está en juego no es simplemente la suma de todos los cambios particulares en cada ámbito por separado. Necesitamos captar la naturaleza y el carácter específico de las transformaciones en la matriz humanidad-tecnología-naturaleza, que es precisamente aquello que el acontecimiento epocal pretende lograr en cuanto categoría conceptual. Pero volver inteligible y factible el concepto es un largo camino: ¿existe alguna disciplina en nuestro actual régimen de conocimiento que con experticia pueda mapear un mundo de transformaciones epocales autorrealizadas y comprenderlo como una condición general que enmarca nuestras vidas?

## Los límites de los códigos disciplinares

La historia parece una candidata obvia. Como es bien sabido, estudiar y entender el cambio en el mundo de los asuntos humanos ha sido el ámbito de experticia de la disciplina institucionalizada de la historia en la modernidad occidental. Como célebremente señaló el historiador francés Marc Bloch a mediados del siglo pasado en *Apología para la historia o el oficio del historiador*, la disciplina de la historia se ocupa de investigar y entender a los seres humanos en el tiempo.[2] Algunas décadas después, Ernst Breisach se apropió de manera bastante natural de esta definición en su seminal estudio sobre la historia de la historiografía, señalando que "la historia trata de la vida humana que 'fluye' a través del tiempo",[3] queriendo indicar con esto el ir y venir entre explicar simultáneamente tanto el cambio como la continuidad en el mundo humano. O para ofrecer un ejemplo más reciente, que también refleja tendencias actuales, en su libro sobre la constitución de la disciplina Sarah Maza escribe que "la mayoría de la historiadores probablemente está de acuerdo con que su tarea es doble: explicar la ocurrencia del cambio en el pasado y hacer que las personas y los lugares del pasado vuelvan a la vida para sus lectores".[4]

A partir de esto parece plausible afirmar que, puesto que la cuestión del cambio en el tiempo está en juego y que el mundo humano forma parte de los imaginarios epocales recientes, estas situaciones implican un recurso a la historia. Ahora bien, en la medida en que el cambio concierne a un mundo más que humano en el pensamiento epocal actual, las interpretaciones disciplinares de la historia se vuelven menos útiles. Debido al énfasis en lo humano de la epistemología disciplinar, escapar de los confines del mundo humano implica que también debemos escapar de los confines de la experticia de los estudios históricos. Y esto sigue siendo así aun al poner entre paréntesis la primacía del cambio en el tiempo e intentar encontrar concepciones del trabajo histórico distintas a las de Bloch, Breisach y Maza.

En la primera mitad del siglo pasado, Robin G. Collingwood se opuso tenazmente a la idea

de que el conocimiento histórico se ocupa del cambio en el tiempo. La visión alternativa que ofreció fue que la historia es el conocimiento de los pensamientos y la mente humanos (estudiados por medio de las manifestaciones de los pensamientos humanos en los acontecimientos y las acciones).[5] En esto, Collingwood estaba en profundo acuerdo con las seminales ideas de Giambattista Vico en el siglo XVIII, según las cuales la humanidad puede tener conocimiento de aquello que fue hecho por ella misma y, por consiguiente, la historia (en cuanto desarrollo de los hechos) puede ser conocida precisamente porque es hecha por los humanos y es inequívocamente historia humana.[6] No hace falta decir que esta visión del conocimiento histórico separa el conocimiento del mundo humano y el conocimiento del mundo natural quizás incluso más marcadamente que las perspectivas presentadas con anterioridad. En consecuencia, puede que sea incluso menos promisoria para los proyectos que intentan comprender las transformaciones en el enmarañado mundo humano-tecnológico-natural.



Dipesh Chakrabarty llegó hace una década a la misma conclusión cuando propuso que los recientes desafíos planteados por el cambio climático antropogénico marcan el colapso de la distinción moderna entre historia natural e historia humana y cuando repasó brevemente la historia de esta distinción enfocado en las ideas de Vico, Croce y Collingwood.[7] En su núcleo teórico y epistemológico, la disciplina de la historia está esencialmente diseñada para entender el siempre cambiante mundo humano. A pesar del recurso bastante obvio a la historia en el reciente auge del pensamiento epocal, los fundamentos teóricos de los estudios históricos no parecen permitir un tratamiento adecuado de la tarea. La historia, en la forma que llegó a adoptar en la modernidad occidental, parece ser parte del desafío mismo al cual buscamos responder.

Pero si no es la historia, ¿cuál es entonces la disciplina adecuada para dar sentido a las transformaciones en el enmarañado mundo humano-tecnológico-natural? Bien, es muy probable que ninguna de las disciplinas tal y como las conocemos. Todas las disciplinas se encuentran hoy en la misma situación que los estudios históricos. Los cambios en el mundo de los asuntos humanos, el mundo natural y el ámbito tecnológico parecen estar enmarañados de manera tan compleja que ni las humanidades y las ciencias sociales ni las disciplinas STEM y las ciencias de la vida son capaces de comprenderlos apoyándose exclusivamente en sus propios métodos y categorías. Las respectivas herramientas analíticas de las disciplinas modernas han sido creadas para permitirles estudiar algunos de estos mundos y ámbitos, pero sencillamente no están diseñadas para dar sentido a los enmarañamientos de estos mundos y ámbitos o para entender algo como la constelación general de su enmarañamiento.

Pero está el innegable recurso a la historia en el reciente auge del pensamiento epocal, lo cual me obliga a dar una mirada más atenta a la cuestión, incluso a costa de desestimar respetables teorías fundacionales de la investigación histórica disciplinar.

## El proyecto moderno de historizar tanto la naturaleza como el mundo humano

Esta mirada más atenta significa, un tanto paradójicamente, aproximarse a la "historia" en un sentido amplio. Como una sensibilidad histórica general o como un modo de pensamiento histórico general –como la operación mental, ya sea irreflexiva o plenamente consciente, de dar sentido a sucesos individuales dentro de una configuración o esquema del cambio en el tiempo que tendemos a dotar de sentido–, la historia no ha estado confinada en los estudios históricos profesionalizados en el mundo moderno. Esto significa que aun cuando la constelación general de los enmarañados mundos humano, tecnológico y natural no sea objeto de la historia como *disciplina institucionalizada*, los cambios en los mundos enmarañados pueden no obstante ser abordados por *un modo de pensamiento* no anclado en los protocolos disciplinares.

Lo "histórico" no es un atributo que únicamente remita al mundo de los asuntos humanos en la modernidad occidental. Los mundos natu-

ral y humano han adquirido su respectivo carácter "histórico" y han sido cabalmente historizados a la par en el curso de los dos últimos siglos. Es cierto que el trabajo de historización por lo general ha sido realizado por disciplinas con alcance restringido en lo que atañe a ambos mundos. Pero una vez que se ha desarrollado un sentido de la historicidad como modo de pensamiento que dota de sentido al mundo, integrando sucesos individuales en esquemas más grandes de procesos de desarrollo, nada –en principio– queda fuera de su rango. Todo, literalmente todo, independientemente de si concierne al mundo humano o natural, podría someterse a la operación de historización: a todo se podría dotar de sentido en cuanto tendiente al cambio y en cuanto resultado de procesos de desarrollo que unen el cambio en el tiempo, por una parte (en términos de las etapas de desarrollo), con una profunda continuidad temporal (en la sustancia del desarrollo) que subyace a todos los cambios, por la otra.

En una suerte de división del trabajo, casi en el mismo periodo de tiempo laxamente construido en torno a las postrimerías del siglo XVII y comienzos del XIX,[8] la historización del planeta Tierra se volvió tarea de la geología, la historización de la vida en el planeta Tierra se asoció con la biología, mientras que la historización de la vida humana y del mundo social se volvió el ámbito de la disciplina profesionalizada de la historia (y, con cierto atraso, de la sociología). Mientras que la geología contaba el relato de la historia de la Tierra a través de periodos –tal y como la disciplina de la historia contaba el relato de las sociedades humanas–, la biología concebía la vida en términos de procesos evolutivos. Ambas daban sentido a sus objetos de estudio mediante las mismas temporalidades de desarrollo que la historia utilizaba con respecto al mundo humano historizado.

El reconocimiento de que el pensamiento histórico y la operación de historización no se limitan al mundo humano está ganando fuerza últimamente. Contra el trasfondo del largo reinado de los códigos disciplinares y los fundamentos epistemológicos, los historiadores y los teóricos de la historia han comenzado a reconsiderar el alcance de la historización. Tal vez no sea demasiado inverosímil sugerir que este ímpetu creciente tiene algo que ver con el también creciente reconocimiento del enmarañamiento de los mundos humano, tecnológico y natural. Puede que tal reconocimiento sea el impulso tras los estudios que pretenden dilucidar la conexión profunda que unifica la moderna producción de conocimiento en una temporalidad compartida mediante la cual tanto las ciencias humanas como las naturales intentaron comprender el mundo. En esta misma línea, Christophe Bouton sostiene que es posible que el concepto de "desarrollo" haya sido transferido al tiempo histórico desde conceptualizaciones ya existentes del tiempo biológico,[9] mientras que David Schulz afirma que el tiempo geológico tuvo un profundo impacto en el desarrollo del pensamiento histórico y en la profesionalización de la disciplina de la historia.[10] Es más, quienes antes pensaban que la operación de historización se limita al mundo humano últimamente tienden a reconsiderar su posición. En esta nota, permítanme citar a Frederick Beiser un poco más extensamente:

> Al insistir en la necesidad de una definición amplia de la historización –una que incluya a las ciencias naturales y humanas–, me aparto de la definición de Ernst Troeltsch que con demasiado apresuramiento seguí en *The German Historicist Tradition*. Según Troeltsch, el intento por historizar nuestro pensamiento se limita a "todo lo que hemos pensado sobre el hombre, su cultura y las ciencias". El problema con restringir la definición de la historización a la esfera humana es que ignoramos el programa paralelo en las ciencias naturales, cegándonos así a dos hechos importantes. Primero, que algunos de los resultados más impresionantes de la historización se encuentran en las ciencias naturales: no conozco mejor ejemplo de historización que la tesis de Darwin en el Capítulo XIII de *El origen de las especies* según la cual toda verdadera clasificación biológica es "genealógica", es decir, está basada en líneas de ascendencia antes que en "algún desconocido plan de la creación". Segundo, que la historiza-

> ción en las ciencias naturales ha tenido a veces un profundo impacto en las ciencias humanas. Consideren, por ejemplo, la influencia de *Allgemeine Weltgeschichte und Theorie des Himmels*, de Kant, en el joven Herder, que aplicó las lecciones que aprendió de la cosmología kantiana a la literatura y el lenguaje.[11]

No es posible dejar de insistir en que reconsideraciones como esta se dan en un ambiente intelectual ya inmerso en el debate transdisciplinar sobre el Antropoceno. Si bien mi tarea aquí no consiste en proponer la existencia de un vínculo causal directo entre el debate sobre el Antropoceno y los esfuerzos por recalibrar el alcance del pensamiento histórico, parece bastante evidente que estos problemas actuales ofrecen al menos un motivo para abordar la cuestión de los límites de nuestra sensibilidad histórica (o su falta). Además, el debate sobre el Antropoceno da perfecta cuenta de un reciente resurgimiento de la historia como modo de pensar a través del paisaje disciplinar. Es momento de presentar la noción adecuadamente.



## El pensamiento histórico a través de las disciplinas

La noción de Antropoceno surge en el contexto de la ciencia del sistema Tierra. Pretende captar la magnitud de los cambios antropogénicos que ocurren en el sistema integrado de la Tierra y, simultáneamente, designar una nueva época geológica en su historia, según lo indica la evidencia estratigráfica de tales cambios inducidos por los humanos en la Tierra considerada como un sistema único de procesos físicos y sociales. Tan solo dos décadas antes de que Grimes titulara *Miss Anthropocene* su quinto álbum de estudio, la noción había alcanzado una mayor circulación gracias a dos breves artículos de Paul Crutzen, el primero en coautoría con Eugene Stoermer en 2000 y el segundo publicado en *Nature* en 2002.[12] Plasmar en un concepto la inextricable fusión de los mundos humano y natural inauguró dos décadas de intensa discusión en torno al Antropoceno, prácticamente a lo largo y ancho del paisaje académico en su totalidad. Con respecto a la cuestión del trabajo disciplinar, es posible distinguir dos tendencias en el debate. Por una parte, la noción facilitó el reconocimiento tanto en las humanidades y las ciencias sociales como en las ciencias naturales y de la vida de que es necesario desarrollar herramientas conceptuales adecuadas para la tarea de abordar el entrelazamiento de cambios en los mundos humano y natural.[13] Por otra parte, el reconocimiento del trabajo conjunto muy a menudo es acompañado (en versiones más débiles) y contrarrestado (en versiones más fuertes) por una tendencia en las humanidades a ofrecer alternativas a lo que conciben como una interpretación científica dominante del Antropoceno.[14]

El posicionamiento de este libro se inscribe en la primera tendencia, la que apunta al trabajo conjunto. Me parece que las condiciones de posibilidad de tal colaboración ya están dadas por el hecho de que tanto la naturaleza como el ámbito de la vida humana han sido profundamente historizados en los dos últimos siglos. Los historiadores que reconocen la necesidad del trabajo conjunto y que intentan reescribir los códigos disciplinares tienen buenos argumentos para apoyar su perspectiva. Al menos Libby Robin señala de manera bastante explícita al comienzo de su artículo sobre el rol de la historia en el Antropoceno que "los historiadores ya no están solos en el estudio del pasado": "a medida que las escalas temporales se vuelven más grandes y los documentos dan paso a diferentes tipos de archivos, la investigación científica toma el control del estudio del pasado y las *historias* las escriben los científicos".[15] Según Robin, al empujarnos a considerar "el rol de la humanidad como una fuerza histórica en el cambio de los sistemas planetarios", el Antropoceno "exige escalas temporales geológicas e históricas y escribe las historias planetaria y humana de manera conjunta".[16] Y eso difícilmente será posible si no confiamos en el trabajo de los otros y si no apuntamos a unir los conocimientos científicos y de las humanidades.

Unir "las historias planetaria y humana" de manera significativa ya se ha transformado en el imperativo de la investigación histórica de las

dos últimas décadas dedicada al Antropoceno. Pero por ahora la tarea sigue siendo un desafío. Pese a la historicidad compartida que permea los tiempos geológico e histórico, responder a la exigencia señalada por Robin no es tan fácil como parece. Los destacados esfuerzos de Dipesh Chakrabarty por unir el mundo humano internamente diferenciado y dividido (por estar plagado de desigualdades) y el enfoque universalizante de las historias naturales (que sabe de lo humano al nivel de la especie) son el mejor portavoz de las complicaciones conceptuales en juego.[17]

Si bien el debate sobre el Antropoceno supone el que quizás sea el recurso más apremiante a la historia como modo de pensar a través del paisaje disciplinar, es tan solo parte de una corriente más amplia. Igualmente interesante y espectacular es la manera en que la investigación académica en las humanidades ha comenzado a expandir el alcance del pensamiento histórico hacia el mundo no humano. Los intentos por escribir historias multiespecie sobre la base de un parentesco de las especies recientemente teorizado combinan distintos intereses de formaciones de conocimiento emergentes tales como los estudios animales, las humanidades medioambientales y el poshumanismo crítico.[18] Como los abordajes multiespecie por lo general apuntan a superar lo que identifican como una cosmovisión antropocéntrica, su relación con el universalismo inherente al predicamento del Antropoceno puede resultar bastante ambigua. Diré más al respecto más adelante. Aquí lo importante es señalar aquello que ubica estos abordajes en una plataforma común junto a la investigación académica sobre el Antropoceno, a saber, la expansión de su alcance hacia el enmarañamiento de los mundos humano y natural.

Ahora bien, ¿en qué posición deja todo esto a la disciplina de la historia? Según el reciente balance de Marek Tamm, el Antropoceno "exigió una revisión y superación de varias distinciones profundamente arraigadas en la epistemología histórica", de las cuales Tamm menciona las distinciones "entre la historia natural y la historia humana, la historia escrita y la historia profunda, la historia humana y la historia multiespecie, la historia natural y la historia planetaria".[19] Si Tamm tiene razón, entonces superar estas distinciones probablemente signifique el fin de la "epistemología histórica" disciplinar tal como la conocemos. Pero si también yo tengo razón al proponer que un modo de pensamiento histórico y una sensibilidad histórica general en principio permiten la historización de la naturaleza y del mundo humano por igual, entonces es asimismo plausible afirmar que la disciplina de la historia recién ha comenzado a acoger un potencial mayor posibilitado por el pensamiento histórico en la modernidad occidental. Sea como fuere, la "epistemología histórica" está cambiando, pero según mi interpretación dejar atrás la epistemología disciplinar plantea menos dificultades de lo que comúnmente se piensa.

Ahora bien, las cosas parecen más difíciles en lo relativo a la metodología y las habilidades. Como señala Robin, cuando se trata de "la historia de la Tierra por cuatro y medio billones de años, los métodos geológicos describen mejor los periodos de tiempo y el cambio que las herramientas convencionales del historiador".[20] Aunque durante los dos últimos siglos los historiadores han desarrollado distintos métodos para aproximarse al mundo animal, interpretar evidencia estratigráfica es una tarea de una naturaleza completamente distinta que interpretar evidencia archivística escrita o evidencia pictórica o que realizar investigación de historia oral. Por no mencionar que las habilidades que permiten lidiar con ciertos tipos de evidencia no tienen mérito por sí mismas: se consideran como tales solo en función de su familiaridad con los sistemas de conocimiento al interior de los cuales la evidencia en cuestión funciona como evidencia en primer lugar. Creo que los protocolos disciplinares que nos permiten lidiar solo con tipos específicos de evidencia ofrecen otra razón más de por qué ninguna experticia disciplinar puede manejar por sí sola la tarea de estudiar el enmarañado mundo humano-tecnológico-natural.

Para mencionar otro ejemplo, consideren el desafío metodológico que supone para la historia animal estudiar lo no humano. Nuevamente, esta posibilidad está garantizada por el hecho de que la potencial expansión del alcance de la

historización sobre lo no humano es decodificada según patrones ya existentes de pensamiento histórico. Pese a las propuestas antes mencionadas relativas a la investigación académica no antropocéntrica, es debido a este fundamento que la mayoría de las aproximaciones al animal no humano amplifican una sensación ya aguda de injusticia en el mundo humano por sobre lo no humano. En otras palabras, se aproximan al mundo no humano con una muy humana agenda de liberación y emancipación. La inscripción del animal en la historia es un proyecto que sigue el patrón de anteriores olas de investigación académica emancipatoria que apuntaban a inscribir a los desposeídos y los marginalizados en la historia. Desarrollar un enfoque verdaderamente no antropocéntrico probablemente exigiría mucho más que esto, a saber, un método que permitiera a los animales hablar por sí mismos.

De modo que, ¿qué pasaría si permitir a los animales hablar en una aproximación no antropocéntrica se teorizara como un proyecto metodológicamente plausible? Aún así, importantes preguntas quedarían sin respuesta. ¿Sería posible, por ejemplo, desestimar la dificultad filosófica de que incluso un método diseñado para dejar hablar a los animales constituiría necesariamente una producción de conocimiento humano sobre lo no humano? ¿O existe alguna manera de que no parezca antropocéntrico que un método *humano* le *permita* al animal hablar? A la luz de sus propios principios, es de suponer que la investigación académica emancipatoria encontraría bastante paternalista un proyecto así. Quizás sería posible entonces escribir historia desde el punto de vista animal al menos como un deseo irrealizable, como últimamente lo proponen aproximaciones menos convencionales.[21] Según Ewa Domanska, sin embargo, puede que esta ni siquiera sea la pregunta más desafiante:

> El desafío último de la historia animal, lo que la hace promisoria y orientada hacia el futuro, no es inscribir a los animales en la historia y tratarlos como seres con agencia (lo cual ha constituido la principal tarea en la etapa temprana del desarrollo del campo), ni siquiera presentar la historia desde "el punto de vista del animal", sino considerar (y posiblemente contribuir a fomentar) formas de comunicación interespecie que permitan a los seres no humanos relatar acontecimientos pasados [...]. Esto exigiría renunciar a la autoridad epistémica humana de "escribir" sobre el pasado y abrir el campo a distintas maneras de comunicación no verbal que no privilegien el lenguaje humano (ni el lenguaje como forma privilegiada de comunicación).[22]

La posibilidad de un conocimiento no humano y su accesibilidad por parte de los humanos apunta a un conjunto completamente distinto de preguntas del que discutimos más arriba. Puesto que en la medida en que el conocimiento mismo es no humano, en realidad ni siquiera plantea una cuestión epistemológica *para nosotros*. Tampoco el escenario de animales relatando acontecimientos pasados plantea una cuestión metodológica, precisamente porque no concierne a la producción humana de conocimiento. En cambio, y tal como lo indica la frase "autoridad epistémica", la pregunta planteada por la proyección de Domanska es la pregunta por el poder. Y si los humanos pudieran renunciar a la "autoridad epistémica" de la "escritura" en primer lugar, esto llevaría entonces a un problema de traducción interespecie. Pero en un nivel más profundo, no se trata de otra cosa más que de la manifestación de nuestra "autoridad epistémica". ¿Quieren los animales "comunicar" la historia? ¿Realmente quieren participar en el muy humano proyecto del pensamiento histórico? No tengo idea. Pero parece que nosotros queremos que lo hagan, y no veo cómo esto evitaría recaer en el antropocentrismo y cómo podría superarse tal antropocentrismo en el nivel más profundo de los proyectos humanos.

El Capítulo 4 volverá sobre el antropocentrismo y asuntos afines en mayor detalle. Si bien son extremadamente importantes para las aproximaciones al mundo más que humano, estas preguntas se apartan demasiado de los objetivos de este capítulo. Se plantean aquí solo para dar una idea de las complejidades de una tendencia

ya perceptible en la investigación humanista en general y en los estudios históricos en particular: el creciente interés por constituir el campo del enmarañamiento humano-natural como un objeto de estudio mediante la expansión del alcance del pensamiento histórico y la renegociación de los límites de la epistemología histórica.

**Un nuevo tipo de pensamiento histórico**

Dejando a un lado las complejidades y dificultades, esta parece ser hasta ahora una narrativa de éxito para la historia y el pensamiento histórico. Pareciera ser que el pensamiento histórico nunca ha sido más indispensable y relevante que en nuestros días. Pero en otro desconcertante giro, esto no podría estar más lejos de lo que realmente está sucediendo.

Escribo el primer borrador de este capítulo a comienzos de 2019 y cada día que pasa mi bandeja de Twitter luce como el día del juicio final para la disciplina en particular y para el pensamiento histórico en general. Pareciera que lamentarse en artículos y columnas de revistas por fenómenos recientes tales como la caída en las inscripciones en programas de estudios de historia fuese un género de moda por derecho propio para comentaristas y profesores por igual.[23] Creo que las quejas populares tienden a establecer conexiones apresuradas entre fenómenos particulares y generales. Por el lado de lo particular, encontramos el problema educacional y la cuestión de la política de financiamiento de la universidad en el contexto estadounidense. Por el lado de lo general, está la pérdida global de relevancia pública de la disciplina, la supuesta falta de participación pública de los historiadores, y el declive del pensamiento histórico en la sociedad en general. En sus respuestas en las redes sociales a los historiadores no parece irles mucho mejor. Si bien apuntan con razón a formas existentes de participación pública, parecen más interesados en defender su profesión que en explorar el nivel más profundo de la crisis o en cuestionar la premisa de la crítica popular, que infiere una supuesta crisis del "pensamiento histórico" a partir de una reciente crisis en la historia de la educación.[24]

Otro argumento de la defensa de la historia y el pensamiento histórico saca el debate del contexto de las estadísticas de inscripción y las formas de participación pública y se enfoca en cambio en una escena contemporánea social, cultural y política. El reciente libro de David Andress titulado *Cultural Dementia* es ilustrativo a este respecto. Representa una tendencia mayor que contrarresta las quejas populares sobre la falta de participación social de los historiadores contraatacando y culpabilizando en cambio a los sentimientos sociales ("la demencia cultural"), en una suerte de contraqueja sobre la falta de inversión en el pensamiento histórico en la era de Brexit y Trump.[25] Sin embargo, puede que apuntar con el dedo no sea la actitud más constructiva. Una autoafirmación más sofisticada puede encontrarse en el argumento de Lynn Hunt según el cual el reciente aluvión de mentiras y noticias falsas exige volver a apostar por la verdad histórica.[26] Sea como fuere, por lo general la discusión sobre la relevancia de la historia gira en torno a sucesos sociopolíticos recientes y de pequeña escala –Trump, Brexit, las noticias falsas–, sin abordar los problemas de gran escala en un nivel más profundo.

No pretendo decir con esto que no sea importante prestar atención a los acontecimientos sociopolíticos recientes para tratar de recomponer la reputación de la historia. Mi punto solo concierne a lo que me parece que es la miopía de una conversación que supuestamente discute la forma del pensamiento histórico en general. Ni los debates de redes sociales sobre la crisis más reciente de la historia ni los intentos de los historiadores por autojustificarse se hacen cargo del cuadro completo, la nueva constelación del enmarañamiento del mundo de los asuntos humanos y la naturaleza mediante logros inéditos en el ámbito tecnológico. Esta es la razón por la cual, desde el punto de vista de este libro, todos quienes participan en el debate parecen tener razón y estar equivocados al mismo tiempo. Por una parte, puede que los críticos tengan razón acerca de que el pensamiento histórico está agotado y que parece menos relevante que antes. Pero estas son noticias viejas. Por otra parte, puede que la

defensa de los historiadores esté igualmente en lo correcto al señalar que existe una necesidad recién descubierta de tal pensamiento, pero el contexto de dicha necesidad es mucho más amplio que la política y la educación contemporáneas y no implica invocar el mismo pensamiento histórico que por otra parte se supone agotado.

Permítanme explicar brevemente a qué me refiero citando –un tanto extensamente, de nuevo– las palabras iniciales del seminal estudio de Ernst Breisach sobre la historiografía. Como mencioné anteriormente, Breisach entiende la historia como el estudio del cambio y la continuidad en el mundo humano. Los primeros párrafos del libro, sin embargo, están dedicados a la creciente irrelevancia y el percibido agotamiento del pensamiento histórico en su propio tiempo (la primera edición del libro es de 1983):

> A lo largo del siglo XIX los historiadores aconsejaron a reyes, fueron líderes en la unificación de Alemania e Italia, dieron un primer ministro y un presidente a Francia, dotaron de identidad a naciones nuevas y antiguas, inspiraron a la joven nación estadounidense en su dominio de un continente, invistieron a las revoluciones de la autoridad del pasado, y se elevaron al rango de científicos. Ante todo, convencieron a la mayoría de los intelectuales de que todo debía entenderse en términos de desarrollo, es decir, históricamente. No resulta sorprendente que Thomas Carlyle proclamara la inmortalidad de la historia: "Algunas naciones cuentan con la profecía, otras no. Pero de toda la humanidad, no existe tribu tan bárbara que no haya intentado la Historia, aunque muchas carezcan de la aritmética necesaria para contar hasta cinco".
>
> Hoy no son pocos quienes sonríen no solo ante el pintoresco lenguaje de Carlyle, sino también ante su arrogante confianza. Viviendo en esta era escéptica, desestiman en el pasaje una justa medida de duda y precaución, si es que no una parte de su propia sospecha de que la historia se ha vuelto un poco anticuada. ¿No habían proclamado los historiadores decimonónicos que todos y todo cambia y que no existen conceptos atemporales? ¿Será posible entonces que los días de la historia ya hayan pasado junto con los del siglo XIX? Tal vez nuestra era, sostienen estos escépticos, simplemente exige nuevos métodos y nuevas aproximaciones a la explicación "final" de la vida humana o, como dirían algunos, nuevos instrumentos intelectuales para el dominio del mundo; un mundo en el que ya no basta con observar "cómo las cosas gradualmente llegaron a ser", tarea que los historiadores tradicionales han tomado a su cargo, sino uno en el que los historiadores tienen que contentarse con desenterrar las materias primas para los científicos sociales que por sí mismos explican, tal vez incluso reorganizan, la vida humana de "manera científica".[27]

Hay mucho por comentar aquí. Me limitaré, sin embargo, a mencionar dos aspectos relacionados. Primero, es llamativo observar que aún cuando estas palabras fueron escritas hace menos de cuarenta años, muchas de ellas parecerían hoy en día absurdas u ofensivas. En cuanto a lo absurdo, los escépticos ante la historia exigiendo una explicación "final" de la vida humana no tienen mucho que ver con los escépticos de hoy en día. En cuanto a lo ofensivo, las palabras de Carlyle citadas por Breisach –y especialmente su falta de distancia con respecto a ellas– muy probablemente darían lugar a verdaderas tormentas en las redes sociales, que acusarían que todo esto suena no como algo "pintoresco" ante lo cual sonreír sino más bien eurocéntrico y racista. Desde luego que la cuestión de si las tormentas de redes sociales muestran una actitud a la que dar la bienvenida es una pregunta abierta. Pero queda el hecho de que luego de unas pocas décadas transcurridas desde la aparición de la primera edición del libro de Breisach, contamos con parámetros simplemente incompatibles con los de la era en que el libro de Breisach fue publicado (por no decir nada de la de Carlyle).

Segundo, esto no obstante prueba la observación general de Breisach relativa al creciente escepticismo con respecto a los orígenes del tipo de pensamiento histórico que explica el mundo en términos de desarrollos y de "cómo las cosas gra-

dualmente llegaron a ser". Que hoy ni siquiera podamos conectarnos con los estándares de la era del libro de Breisach significa que ni siquiera podemos explicar la posibilidad de que nuestros parámetros actuales hayan evolucionado a partir de aquellos junto con los cuales la anécdota de Breisach se imprimió en primer lugar. Las comunidades académicas de hoy no reivindican asociación alguna con dichos estándares, y la vinculación con el pasado es insoslayable si se busca concebir el presente y el futuro en términos de desarrollos que explotan potencialidades preexistentes.

La falta de vinculación con el pasado y la imposibilidad de entender el mundo en términos de procesos de desarrollo señalan con precisión hasta qué punto el pensamiento histórico parece agotado hoy en día en un nivel más profundo que el de la política y la educación contemporáneas. En esta medida, las actuales quejas sobre la historia y el pensamiento histórico tienen razón, aun cuando no sepan por qué. Pero el agotamiento del pensamiento histórico solo es el agotamiento de una cierta manera de dar sentido al cambio en el tiempo en términos de procesos de desarrollo limitados al mundo de los asuntos humanos. Es el agotamiento de la idea misma de historia lo que Breisach insistió en rastrear en sus reflexiones. Pero el propio pensamiento histórico es propenso al cambio. No debe darse por sentado que el pensamiento histórico moderno sigue siendo el mismo en sus rasgos esenciales desde fines del siglo XVIII, o mucho menos que permanece con nosotros eternamente de una u otra forma. Tampoco está escrito en piedra que la disciplina de la historia deba ser la guardiana académica del pensamiento histórico.

Si existe un recurso a la historia inherente a la creciente conciencia de que la actividad humana produce transformaciones a escala planetaria y en el contexto de un enmarañado mundo humano-tecnológico-natural, se trata de un recurso a un nuevo tipo de pensamiento histórico que necesitamos explicar en el curso de nuestros esfuerzos por responder a este desafío. Como he propuesto en otro lugar,[28] desde mediados del siglo pasado las sociedades occidentales conciben crecientemente el cambio en el tiempo en términos que no son ni procesuales ni desarrollistas en ciertos ámbitos de la vida y los proyectos humanos. Denominé al nuevo tipo de cambio "cambio sin precedentes" y me referí al nuevo tipo de pensamiento histórico que concibe el mundo en términos de cambios sin precedentes como una emergente "sensibilidad histórica acontecimental". El muy espectacular rol público de los historiadores del siglo XIX comentado por Breisach fue típico de una era profundamente comprometida con el pensamiento histórico desarrollista en lo relativo a los cambios sociopolíticos en el mundo humano. Por el contrario, el cambio sin precedentes y la sensibilidad histórica acontecimental son nociones que pretenden captar una manera de pensar históricamente que implica transformaciones en el enmarañado mundo humano-tecnológico-natural, sin experticia disciplinar que pueda garantizar una relevancia pública especial.

En definitiva, el mensaje que este capítulo busca transmitir es que actualmente la relevancia pública del pensamiento histórico no puede reducirse a compromisos disciplinares. El recurso a la historia como un modo de pensar en los recientes desafíos para dar sentido al cambio planetario antropogénico supone un llamado simultáneo –e incluso una exigencia– a desarrollar un nuevo tipo de pensamiento histórico elaborado para investigar un mundo más que humano.[29] La competencia en ese nuevo pensamiento histórico desde ser ampliamente construida y debe adoptar una forma potencialmente nueva que cruce los límites disciplinares. Este libro pretende contribuir a construir tal competencia cuando afirma la necesidad de crear herramientas conceptuales de naturaleza transdisciplinar. Puede que sean los conceptos que resuenan a través de las disciplinas los que nos permitan lidiar con la constelación general del enmarañamiento humanidad-tecnología-naturaleza que se esbozará en el siguiente capítulo.

## NOTAS

1. La crítica de Karl Popper a predecir el curso de los hechos es tal vez el clásico más ampliamente conocido del género. Véase, Karl Popper, *The Poverty of Historicism*, London and New York, Routledge, 2002. Para un argumento más reciente que propone que la construcción de escenarios puede permitir la escritura de historias metodológicamente plausibles del futuro, véase David J. Staley, *History and Future: Using Historical Thinking to Imagine the Future*, Plymouth, Lexington, 2010.
2. March Bloch, *The Historian's Craft*, trad. Peter Putnam, Manchester: Manchester University Press, 1992, p. 23.
3. Ernst Breisach, *Historiography: Ancient, Medieval and Modern*, Chicago, University of Chicago Press, 1994, p. 2; *Historiography: Ancient, Medieval and Modern*, Chicago, University of Chicago Press, 1994, p. 2.
4. Sarah Maza, *Thinking About History*, Chicago, University of Chicago Press, 2017, p. 4.
5. R. G. Collingwood, *The Idea of History*, edited with an introduction by Jan van der Dussen, Oxford, Oxford University Press, 1994.
6. Giambattista Vico, *The New Science of Giambattista Vico*, translated from the third edition (1744), trad. Thomas Goddard Bergin y Max Harold Fisch, Ithaca, Cornell University Press, 1948.
7. Dipesh Chakrabarty, "The Climate of History: Four Theses", *Critical Inquiry* 35.2 (2009): 197-222, esp. 201-207.
8. Este es el periodo al que Reinhart Koselleck se refiere como *Sattelzeit* (periodo bisagra), durante el cual surge la noción moderna temporalizada de la historia. Véase Reinhart Koselleck, *Futures Past: On the Semantics of Historical Time*, trad. Keith Tribe, New York, Columbia University Press, 2014.
9. Christophe Bouton, "From Biological Time to Historical Time: The Category of 'Development' (*Entwicklung*) in the Historical Thought of Herder, Kant, Hegel, and Marx", *Biological Time, Historical Time: Transfers and Transformations in 19th Century Literature*, eds. Niklas Bender y Gisèle Séginger, Leiden, Brill, 2018, pp. 61-76.
10. David Schulz, "'O Man! Wilt Thou Never Conceive That Thou Art but an Ephemeron?': The Reception of Geological Deep Time in the Late 18th Century", *Biological Time, Historical Time: Transfers and Transformations in 19th Century Literature*, eds. Niklas Bender y Gisèle Séginger, Leiden, Brill, 2018, pp. 77-92.
11. Frederick C. Beiser, "Historicization and Historicism: Some Nineteenth Century Perspectives", *Historisierung: Begriff – Geschichte – Praxisfelder*, eds. Moritz Baumstark y Robert Forkel (Stuttgart: J. B. Metzler Verlag, 2016), 44.
12. Paul J. Crutzen y Eugene F. Stoermer, "The 'Anthropocene'", *Global Change Newsletter* 41 (May 2000): 17-18; Paul J. Crutzen, "Geology of Mankind", *Nature* 415 (2002): 23.
13. Véanse, por ejemplo, Robert Costanza et al., "Developing an Integrated History and Future of People on Earth (IHOPE)", *Current Opinion in Environmental Sustainability* 4.1 (2012): 106-114; Paul Holm et al., "Collaboration between the Natural, Social and Human Sciences in Global Change Research", *Environmental Science & Policy* 28 (2013): 25-35; Eva Lövbrand et al., "Who Speaks for the Future of Earth? How Critical Social Science Can Extend the Conversation on the Anthropocene", *Global Environmental Change* 32 (2015): 211-218; Libby Robin, "Environmental Humanities and Climate Change: Understanding Humans Geologically and Other Life Forms Ethically", *WIREs Climate Change* 9 (2018): e499.
14. Volveré en mayor detalle sobre la cuestión de la recepción humanista del Antropoceno y la tendencia a ofrecer alternativas a la interpretación científica en el siguiente capítulo. Las alternativas incluyen el Capitaloceno, el Tecnoceno, el Chthuluceno, el Plantacionceno y el Antropobsceno. Véanse, respectivamente, Jason W. Moore, "The Capitalocene, Part I: On the Nature and Origins of Our Ecological Crisis", *The Journal of Peasant Studies* 44.3 (2017): 594-630; Alf Hornborg, "The Political Ecology of the Technocene: Uncovering Ecologically Unequal Exchange in the World-System", *The Anthropocene and the Global Environmental Crisis: Rethinking Modernity in a New Epoch*, eds. Clive Hamilton, François Gemenne y Christophe Bonneuil (London and New York: Routledge, 2015), 57-69; Donna J. Haraway, *Staying with the Trouble: Making Kin in the Chthulucene*, Durham, Duke University Press, 2016; Donna Haraway et al., "Anthropologists Are Talking – About the Anthropocene", *Ethnos* 81.3 (2016): 535-564; Jussi Parikka, *The Anthrobscene,* Minneapolis, University of Minnesota Press, 2014.

15. Libby Robin, "Histories for Changing Times: Entering the Anthropocene?", *Australian Historical Studies* 44.3 (2013): 329-340, p. 329.
16. Robin, "Histories for Changing Times", 329.
17. Para el primer ensayo de Chakrabarty sobre el Antropoceno y su desafío al pensamiento histórico, véase Chakrabarty, "The Climate of History". Para su intervención importante más reciente, véase Dipesh Chakrabarty, "Anthropocene Time", *History and Theory* 57.1 (2018): 5-32. Para otras investigaciones pioneras sobre la cuestión de la historia y el Antropoceno, véanse Libby Robin y Will Steffen, "History for the Anthropocene", *History Compass* 5.5 (2007): 1694-1719; y Julia Adeney Thomas, "History and Biology in the Anthropocene: Problems of Scale, Problems of Value", *American Historical Review* 119.5 (2014): 1587-1607.
18. Véanse, por ejemplo, Donna J. Haraway, *When Species Meet* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2008); Anna Lowenhaupt Tsing, *The Mushroom at the End of the World: On the Possibility of Life in Capitalist Ruins*, Princeton, Princeton University Press, 2015; Stacy Alaimo, *Exposed: Environmental Politics and Pleasures in Posthuman Times*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2016.
19. Marek Tamm, "Introduction: A Framework for Debating New Approaches to History", *Debating New Approaches to History*, eds. Marek Tamm y Peter Burke, London, Bloomsbury, 2018, p. 7.
20. Robin, "Histories for Changing Times", 329.
21. Véase Erica Fudge, "What Was It Like to Be a Cow? History and Animal Studies", *The Oxford Handbook of Animal Studies*, ed. Linda Kalof, New York, Oxford University Press, 2017. Véase, también, David Gary Shaw, "A Way with Animals", *History and Theory* 52.4 (2013): 1-12.
22. Ewa Domanska, "Animal History", *History and Theory* 56.2 (2017): 267-287, p. 285.
23. Los dos artículos que aparecen más frecuentemente en mi bandeja de Twitter son Eric Alterman, "The Decline of Historical Thinking", *The New Yorker*, 4 February 2019; y Max Boot, "America's Ignorance of History is a National Scandal", *The Washington Post*, 20 February 2019.
24. A modo de paréntesis: mientras que la discusión sobre la caída en las inscripciones en programas de historia se generaliza como una crisis del "pensamiento histórico", el debate por lo general ni siquiera aborda el contexto general más próximo de la historia de la educación, esto es, el potencial colapso de las universidades como bastiones de la producción de conocimiento. Me parece que esto es un fenómeno a gran escala que merece ser debatido.
25. David Andress, *Cultural Dementia: How the West Has Lost Its History, and Risks Losing Everything Else*, London, Head of Zeus, 2018.
26. Lynn Hunt, *History: Why It Matters*, Cambridge, Polity, 2018.
27. Breisach, *Historiography*, 1.
28. Zoltán Boldizsár Simon, *History in Times of Unprecedented Change: A Theory for the 21st Century*, London, Bloomsbury, 2019.
29. Para más detalles, véase, Marek Tamm y Zoltán Boldizsár Simon, "More-than-Human History: Philosophy of History at the Time of the Anthropocene", *Philosophy of History: Twenty-First-Century Perspectives*, ed. Jouni-Matti Kuukkanen, London, Bloomsbury, 2020.